

Libertad gloriosa de los hijos

Texto base: Romanos 8:21

Introducción

No es lo mismo el clamor de un joven que quiere que lo saquen de un examen, que el clamor de un padre que pide que liberen a su hijo. Hay clamores que nacen de la incomodidad y hay clamores que nacen de una relación, de una identidad y de un amor profundo.

Romanos 8 nos muestra una creación que gime. Su clamor podría expresarse así: «Alguien haga algo por nosotros». Y lo impresionante es que la creación misma espera la manifestación de los hijos de Dios.

La creación no está esperando solamente gente religiosa. Está esperando hijos que conozcan y manifiesten la libertad gloriosa que recibieron en Cristo.

Cuerpo

1. El hombre se hizo preso de su propia libertad

El hombre quiso ser libre de aquello de lo que nunca le convenía ser libre: la voluntad y el gobierno de Dios. Y en ese intento terminó haciéndose esclavo de todo.

La verdadera libertad está en la voluntad de Dios.

La propuesta de las tinieblas siempre ha sido parecida: «No te sujetes a Dios y vas a ser libre». Pero esa supuesta libertad termina produciendo esclavitud. La verdadera libertad no nos libra de la sumisión; nos coloca bajo la sumisión apropiada.

Esto es algo que todavía nos cuesta decodificar: cualquier pensamiento serio de libertad conlleva algún tipo de sujeción. La pregunta no es si vamos a estar sujetos, sino a quién y a qué vamos a sujetarnos.

2. El problema del hombre no fue solamente una caída

Muchas veces hemos hablado del hombre como alguien que cayó y necesita que lo levanten. Pero el lenguaje del evangelio es todavía más profundo.

El hombre no cayó simplemente en pecado; el hombre murió en el pecado.

Por eso el evangelio no apunta solamente a levantar a un hombre caído. Apunta a resucitar a una generación muerta. A los muertos hay que resucitarlos, y a los resucitados hay que discipularlos.

La cruz es el punto de inflexión. No es un retoque de conducta ni una mejora moral. Es el lugar donde termina una vieja realidad y comienza una vida nueva.

3. Primero resurrección; después discipulado

El discipulado tiene que trabajar sobre una vida que realmente ha sido alcanzada por Cristo. Juan Balistreri lo expresó de una manera que me parece muy clara: no invierta tiempo intentando discipular si no hay primero un testimonio de resurrección en la persona.

Discipular es recuperar y desarrollar la capacidad de una parte del cuerpo que estuvo enferma o atrofiada. No estamos fabricando vida; estamos formando una vida que ya fue despertada por Cristo.

El discípulo mantiene el ADN de Cristo en la tierra.

Por eso discipular no es solamente transmitir información bíblica. Es formar personas en las que la vida, el carácter y la misión de Cristo puedan seguir siendo visibles.

4. La libertad de los hijos tiene una misión

La libertad gloriosa de los hijos no nos fue dada para vivir encerrados en nosotros mismos. Fuimos reconciliados para participar del ministerio de la reconciliación.

Una generación resucitada y discipulada tiene que convertirse en una expresión visible de Cristo para un mundo que todavía gime.

El mundo necesita de esas rodillas divinas que se doblen para clamar por ellos. Necesita de esos ojos divinos que terminen de llorar por sus dolores. Necesita esas manos divinas que toquen y levanten al caído.

El mundo necesita esos pies divinos que caminen por sus perdidos, por aquellos que nadie busca. Necesita ese corazón divino que se atreva a

amar lo que nadie quiere amar. Necesita ese pensamiento de Cristo que piense en aquellos por quienes nadie piensa.

Necesita esos brazos divinos que abracen y acurruquen a los olvidados; esos oídos prestos a escuchar las quejas que parecen no cesar; y esa espalda dispuesta a ayudar a llevar un poco de la carga que para otros se ha vuelto insoportable.

Eso también es manifestación: Cristo haciéndose visible por medio de sus hijos.

Conclusión

La creación sigue gimiendo. El mundo sigue esperando que alguien haga algo. Y la respuesta de Dios no es solamente una institución, un programa o una actividad religiosa. Dios está formando hijos.

Hijos que fueron resucitados por la obra de Cristo. Hijos que aceptan el proceso del discipulado. Hijos que entienden que libertad no significa independencia de Dios, sino vivir bajo su gobierno. Hijos que llevan en la tierra el ADN de Cristo y participan de su ministerio de reconciliación.

La libertad gloriosa de los hijos no consiste en hacer lo que queremos. Consiste en haber sido liberados para volver a vivir como Dios quiso desde el principio.

Y cuando esos hijos se manifiestan, el mundo puede volver a ver las rodillas, los ojos, las manos, los pies, el corazón y los brazos de Cristo extendiéndose hacia una creación que todavía está gimiendo.

Textos principales

Romanos 8:21. Para desarrollar el eje del mensaje: muerte en el pecado, cruz, resurrección, discipulado y ministerio de la reconciliación.